

DROGA,

UN ENEMIGO SIN FRONTERAS



Alejandro Rodríguez, nació en Paysandú - Uruguay, transitó 16 años de su vida entre drogas y delincuencia, como tantos otros jóvenes, a quienes, hoy, les cuenta su historia.

Alejandro Rodríguez, tenía 13 años cuando viajó con su mamá y dos de sus hermanos de Paysandú a Montevideo, alejarse del barrio natal permitió poner distancia física con su papá, un hombre cautivo del alcohol que lo forjó cada vez más agresivo. Pero, aquel viaje, no pudo erradicar el bagaje emocional de los recuerdos teñidos de rabia y dolor.

Un tiempo después, junto con otros chicos de su edad, se relacionó con un hombre del barrio, unos 15 años mayor, de quien aprendió estrategias de robo, que se volvió algo sistemático.

"Él nos pedía tres trabajos por semana y, para eso, nos proveía de drogas y armas", dijo Alejandro, a la vez que, reconoció que, esos, eran los alicientes que le permitieron, muchas veces, armarse de valor para llevar a cabo hechos que, después, no recordaba.

"En ese tiempo aspirábamos pegamento, si no lo teníamos, lo comprábamos en la ferretería. Muchas veces me contaban que yo había robado y herido a alguien con el revolver, pero, no lo recordaba, como si algo se apoderara de mi cuerpo", contó Alejandro.

La situación se tornó aún más peligrosa cuando Alejandro estaba por cumplir 18 años de edad porque, el hombre para el cual delinquía se presentó en la puerta de su casa materna y le dijo: "Nosotros, somos tu familia de ahora en más", situación que consternó a su mamá, pues no comprendía la vinculación de su hijo con un contexto de tal magnitud.

Por esa razón, emprendieron el viaje hacia la Argentina donde, pronto, se hizo de otros contactos que le proveían droga, "Mi pasado surgió otra vez con todas las cosas aprendidas y, de consumir, pasé a ven-

der", reveló Alejandro a la vez que, confesó que su vida había llegado a un punto límite.

"Un 24 de diciembre, con 25 años, acompañado, sólo por cocaína y whisky, comencé a sentir que algo me oprimía el estómago, revoleé la botella y comencé a llorar". Fue la primera vez que, miró hacia arriba y dijo: "Dios, si de verdad estás en algún lado, sacame de esta vida de porquería, no doy más", recordó Alejandro.

Al poco tiempo, con mucho esfuerzo él y su mujer, Marlene, emprendieron un nuevo camino pero, las premuras económicas los forzaron a una separación, como solución momentánea, ella, se fue a Corrientes con su familia. "En ese momento, cuando ella se fue, pensé que, si volvía a robar o a vender droga, podía darle la vida de una reina", relató Alejandro y aseguró que, esa, fue la segunda vez le pidió ayuda a Dios.

"Había una señora en Zabaleta que durante 8 meses, todos los días, me decía que Jesús me amaba", su constancia y amor lo guiaron, el día que Marlene volvió, "por milagro", porque no había otra posibilidad, decidió ir al Centro Cristiano Nueva Vida (CCNV) con su perseverante vecina.

Esa misma tarde, cuando salía para el CCNV "vinieron a ofrecerme droga y dinero para que venda desde mi casa", cuando me estaban hablando escuché a mi hijo, su llanto me dio la fuerza para decir: "No hago más esto, voy a seguir a Dios".

Hoy, 10 años después, Alejandro, Marlene y sus hijos, de 9 y 5 años, viven en una casa confortable con la plena seguridad de que la vida es un regalo de Dios.